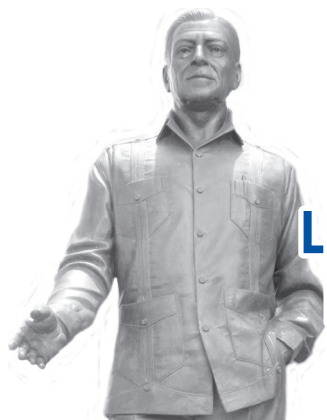




La pistola de Lino Araiza

(3 de julio de 1956)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2620

DOMINGO 6 DE DICIEMBRE DE 2020



ESCRIBEN: Julieta Samara Farías Meza, Mención Honorífica en el Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2020;
Carlos Ramírez, Azul Sevilla, Brandon Enciso, Norma Navarrete, León Mendoza, Jorge Rivas y Carlos Caco Ceballos.

Susana*

Julietta Samara Farías Meza

Ya el sol asoma sus primeros rayos sobre los techos del caserío de Cuyutlán. La sal, blanca y cristalina como la espuma, espera la llegada de los salineros, quienes, atraídos por este oro blanco distintivo de Colima, salen de sus casas de madera improvisadas, rumbo a las salinas aledañas a la laguna.

En esta época el pueblo es un mar de júbilo. Los salineros llegan con sus familias y sus esperanzas a trabajar por unos meses. No les importa el efecto del salitre en su piel morena, ni las jornadas bajo el sol de la costa que les produce una picazón que sólo alivian dándose baños de agua dulce cuando el tiempo lo permite.

Ha caído la primera lluvia de junio y es momento de culminar con las labores de recolección. Las eras van perdiendo su brillo y queda en su fondo una delgada capa de agua salada como vestigio del trabajo que llevó sustento a muchas familias estos últimos meses. Los tapextles han cumplido su función. Ahora sólo queda dejar la laguna y prepararse para el próximo año.

Don Ignacio Toscano llegó desde febrero a Cuyutlán. Como cada año, aprovecha para trabajar en las salinas y para ayudar a su hermano Marcelino con la enramada que les heredó su madre, con la condición de que siempre regresaran al pueblo que los vio crecer. Ambos cumplen esta encomienda al pie de la letra, y aunque Ignacio vive en Colima, cada año vuelve hasta el mar para recibir a los clientes que buscan la sazón de los Toscano.

Además de sus famosos mariscos, los hermanos son conocidos en la región por ser los mejores salvavidas. Han salvado de la muerte a múltiples turistas que, confiando en la apariencia de las aguas tranquilas, ignoran el poder de la resaca de las olas de Cuyutlán. El mar en esta parte del entonces municipio de Manzanillo, arrastra a sus adentros toda la algarabía del pueblo que yace a sus pies, como si reclamara algo que le pertenece y le fue arrebatado.

—Vámonos haciendo menos, Felipe. Ya es tarde y tenemos que apurar el paso si queremos terminar temprano —dice don Ignacio a Felipe Castro, otro salinero alto y robusto que siempre lo acompaña a tomarse el café de la mañana en la enramada de su hermano. No faltan el pan dulce o las gorditas preparadas por doña María. Este rico desayuno les es suficiente para aguantar la salada jornada que tienen por delante.

Junto a otros trabajadores, emprenden su camino a las salinas, con “la gata” de madera en mano para hacer el arrastre de los últimos vestigios de sal. A pesar de la hora hay bullicio en las calles. El pequeño pueblo ahora tiene miles de habitantes, transeúntes de la sal, quienes pronto migrarán a otros estados en busca de trabajo. Las casuchas de tejamanil serán reconstruidas una y otra vez donde el destino sea favorable. Sin embargo, cada año volverán a ver Cuyutlán, pueblo que atrae por sus encantos y su atmósfera.

Como todas las mañanas, Susana, la hija mayor de don Ignacio, sale a comprar la leche llevando consigo una pequeña olla que debe alcanzar para los cinco litros que le encargaron. Con sus escasos nueve años, la niña sabe cómo y dónde encontrar lo necesario para alimentar a sus hermanos, mientras su madre espera postrada en cama con una extraña enfermedad que le carcome los huesos y le hace pasar noches ardiendo en fiebre.

—Susana, espérame, yo quiero ir —le dice Silvia, su hermana pequeña, quien con mirada somnolienta corre para alcanzarla. A la pequeña le gusta seguir a Susana a todas partes porque con ella nunca se aburre, además, dice que es divertida, no como sus hermanos José y Elena, que siempre la molestan y la asustan diciéndole que si se acerca al mar de noche le va a salir *El gentil*, un monstruo



Susana a los 17 años.

marino del que hablan los pescadores.

—No, Silvia. Todavía es muy temprano. Vuelve a dormir y cuida a mamá por mí, ¿sí? —Decepcionada, la niña vuelve a la casucha. Espera que Susana vuelva pronto para no sentirse sola, pues, aunque tiene a su madre y hermanos, en Susana ve a una figura que la va a proteger siempre.

Silvia es la favorita de su hermana mayor y, aunque no lo diga, es a la que más quiere por ser tan tierna y noble. Susana sueña con que, de grandes, ella y Silvia vivirán en Cuyutlán y tendrán su propia enramada, más grande y bonita que la de su padre y su tío. Eso sí, será sólo de ellas dos y no la compartirán con José y Elena.

Las calles de arena marina despiden su olor característico. La gente ya no percibe el olor a sal, se ha vuelto parte de ellos, así como el aroma a mar se queda en los pescadores que salen de madrugada mar adentro en busca de pescados y mariscos frescos que llevarán a vender a Tecmán y Colima.

Las campanas de la iglesia anuncian que está por comenzar la misa de las siete de la mañana. Muchas mujeres beatas se apresuran a entrar al templo. En sus manos llevan negros rosarios que a Susana le recuerdan las manchas que tiene su madre en la piel. Un poco asustada ante este espectáculo, decide seguir su camino por la calle que lleva a las vías del tren.

Al pasar por el antiguo hotel Madrid, la detiene su primo Miguel con el pretexto de invitarla por la tarde a nadar. Los niños heredaron la habilidad de sus padres para surcar las aguas turbulentas. Su actividad favorita es ir a ver los atardeceres sumergidos en el agua y ver el

cielo que parece sumergirse en el mar dando paso a las noches calurosas de la costa.

—Vamos hoy a nadar, ándale, nomás deja terminar con unos trabajos aquí en el hotel y me voy de volada a la enramada. Allá te espero en la tarde.

Susana se queda pensativa porque por la tarde tiene que cuidar a sus hermanos, además, no puede llevarse a Silvia al mar porque aún es muy pequeña para nadar. Acepta la invitación de su primo con la condición de que sólo estarán en la orilla, donde sus hermanos puedan jugar. Después, continúa su camino.

Corre el año de 1932. El silbato estruendoso anuncia la llegada de la locomotora a la estación. Viene desde Guadalajara, trayendo mercancías y pasajeros a esta orilla del estado. Algunos bajan en Cuyutlán; otros, continúan su viaje hasta el puerto de Manzanillo donde, sin duda, visitarán las playas que poco a poco adquieren fama entre los turistas nacionales e internacionales.

A Susana le gusta ver el tren. Su espíritu aventurero y su carácter valiente le hacen imaginar que sube a la enorme máquina y se va a conocer lugares que sólo ha oído nombrar a don Jesús, el ancianito que la enseñó a leer y escribir, aun cuando su padre se opusiera con el argumento de que las mujeres deben dedicarse a trabajar en el hogar y a obedecer a sus maridos.

Esta vez el arribo del tren es acompañado por otro estruendo que parece venir de las entrañas de la tierra. A los pocos segundos el suelo comienza a moverse con fuerza. De las casas de madera salen personas entre gritos de pavor y rezos desesperados. Poco a poco el pueblo se viene abajo, derrumbando consigo la alegría de muchas familias que llegaron este año a Cuyutlán. Por las calles se respira miedo. El caserío de tejamanil ha dejado de existir, yacen sus ruinas sobre el suelo salado que parece tragárselo entre sus grietas.

En las salinas, don Ignacio y Felipe se han resguar

Don Ignacio Toscano llegó desde febrero a Cuyutlán. Como cada año, aprovecha para trabajar en las salinas y para ayudar a su hermano Marcelino con la enramada que les heredó su madre, con la condición de que siempre regresaran al pueblo que los vio crecer.

Al levantar la vista, Susana alcanza a ver una ola que le parece que llega hasta el cielo. Suelta la olla de leche que lleva a cuestas y comienza a correr tan rápido como sus regordetas piernas lo permiten. Siente como si el suelo la atara sin dejarla avanzar, pero continúa. De pronto escucha cómo la ola rompe sobre Cuyutlán con un estruendo cien veces más grande que el del tren cuando llega a la estación.



dado en un refugio improvisado que construyeron hace días para protegerse del sol; ahora es la única trinchera que los separa del suelo que se abre a sus pies y el cerro que se desmorona y arruina las pilas de sal a su paso. Ambos piensan en sus familias, saben que un temblor como ese no perdona a nadie y menos, a la orilla del mar.

—¡Santa virgencita de la Candelaria, cuida a mi familia! —repite Felipe como letanía, poniendo toda su fe en la petición. A su lado está don Ignacio con la mirada perdida, luce preocupado porque recuerda su plática de hace unos días con don Jesús, quien le dijo que, en algunos lugares costeros, después de un terremoto han surgido olas de más de diez metros de altura. Este panorama fatídico le retumba en el pensamiento, sin embargo, mantiene la compostura y anima a Felipe a emprender el camino de regreso.

En Cuyutlán todo es pánico. El movimiento ha cesado, pero el miedo aún está vivo. Susana continúa su camino a la lechería como si nada hubiera pasado. Tal vez pudo más en ella la responsabilidad de ayudar a su mamá que la conciencia de lo que acaba de vivir. Paga la leche que le dio doña Enriqueta, extrañándose de verla tan tranquila, y emprende el camino de vuelta a su casa.

Está por tomar la calle que lleva al caserío, ahora en ruinas, cuando a lo lejos escucha gritos aún más fuertes que los de hace algunos minutos. Claramente, como una epifanía inoportuna y desgarradora, escucha el “¡icorran, rápido, el mar se está saliendo!”, de un joven que parecía haber visto al mismo demonio.

Al levantar la vista, Susana alcanza a ver una ola que le parece que llega hasta el cielo. Suelta la olla de leche que lleva a cuestas y comienza a correr tan rápido

como sus regordetas piernas lo permiten. Siente como si el suelo la atara sin dejarla avanzar, pero continúa. De pronto escucha cómo la ola rompe sobre Cuyutlán con un estruendo cien veces más grande que el del tren cuando llega a la estación. No tiene tiempo de voltear a ver y sigue corriendo.

Casi al llegar a la vía es alcanzada por el agua. El poder de la resaca es tremendo, pero logra asirse con uñas y dientes a un árbol cercano. Cuando todo pasa, levanta la mirada y ante ella aparece un paisaje desolador. Cuyutlán ha cedido ante las fuerzas del mar y ella ha sido testigo.

Apenas entrando al pueblo están don Ignacio y Felipe, quienes no pueden creer lo que ven. Ambos corren en dirección a sus casas dejando entre las calles lamentables escenas de muerte y destrucción. No encuentran el caserío porque ya ha dejado de existir, pero ambos ven entre arena y piedras a amigos y familiares luchando por su vida.

La familia Toscano Castro ha perdido ese día a tres hijos y una madre. Don Ignacio siente el dolor clavándose como puñal ardiente y estalla en un grito desgarrador. A su lado ha llegado Susana, la única hija sobreviviente, quien tuvo la suerte de desviarse del camino hacia la orilla del pueblo cuando oyó que el tren estaba por llegar.

Años más tarde, Susana emprendería su propio camino en tren lejos de Cuyutlán. Sin embargo, el recuerdo de su mamá y de Silvia la acompañarían en cada recorrido como recordatorio doloroso de que la vida puede cambiar una mañana cualquiera en que una niña sale a comprar algunos litros de leche.

**Este relato obtuvo Mención Honorífica en el Premio*



Susana de visita en Cuyutlán, acompañada de sus hijos Humberto y Jorge, en 1962.



Susana Toscano Castro a sus 78 años.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

La pistola de Lino Araiza

Don Manuel Sánchez Silva

(3 de julio de 1956)

La reglamentación de los cultos, decretada a principios de 1926, había creado una situación difícil en los aspectos social y político y gran peligrosidad para las comunicaciones, pues el descontento, originalmente experimentado en determinados sectores, se había convertido en una protesta armada. Numerosos grupos de sublevación merodeaban cerca de las ciudades, creando condiciones de inseguridad en todos los caminos, repentinamente desiertos por la constante amenaza del cristero, cuya sombra terrorífica se proyectaba en todas partes, el fusil en la mano y el índice crispado en el llamador.

Como en el poema de Rubén Darío, “colmaba el espanto los alrededores...”.

En 1927 era don Urbano Gómez hombre de unos 32 años de edad, de mediana complexión, pero bien proporcionado y robusto. En su cara afeitada, de gran movilidad y expresión, los ojos garzos y penetrantes ponían un sello de valor masculino, confirmado por el dibujo de la boca, de labios delgados y fácilmente contraíbles en un rictus de resolución.

Disfrutaba de una justificada fama de hombre valiente, que no impedía, por otra parte, ser solicitado por la amenidad de su trato amistoso y cordial, de ranchero alegre, abierto y simpático.

De origen jalisciense, había venido a Colima poco antes, como administrador de una de las estancias de la hacienda de Buena Vista, y vivía en el pueblo de San Gerónimo, hoy Cuauhtémoc, para mejor atender los trabajos agrícolas encomendados a su celo.

Era un notable aficionado a la tauromaquia y no había corrido o jaripeo en que no se tirara al ruedo para hacerse aplaudir por la precisión y gallardía de sus lances frente a los toros bravos.

Cuando los rumores confusos que hablaban de “alzados” fueron tomando cuerpo, hasta convertirse en un peligro serio para la tranquilidad pública, el gobierno local se dispuso a imponer el orden mediante los recursos extremos que exigía la situación, pero se encontró con la desconsoladora sorpresa de que las Fuerzas Armadas del estado carecían de toda condición combativa. No había un jefe que estuviera a la altura de las circunstancias, ni se contaba con el armamento adecuado.

A invitación del gobierno, don Urbano se puso al frente del cuerpo policíaco y, cuando apenas tenía unas pocas semanas de haber asumido el mando, recibió instrucciones de salir rumbo a Quesería para practicar un reconocimiento, pues se tuvieron informes que por esos contornos operaba una gavilla de rebeldes.

En un punto denominado La Arena, don Urbano y sus 25 hombres sorprendieron al grupo de cristeros, mejor dicho, creyeron sorprenderlos, pues de hecho cayeron en una emboscada, como se verá más adelante.

Tras un breve tiroteo, los cristeros se retiraron precipitadamente, dejando dos muertos en el lugar de la escaramuza. Posiblemente engolosinado con este primer éxito, don Urbano ordenó la persecución de los fugitivos, sin que su índole valerosa le permitiera reflexionar que cometía una gran imprudencia al internarse en terrenos montosos y desconocidos, tras un enemigo cuya fuerza ignoraba. Además, en el choque ocurrido, don Urbano pudo apreciar lo deficientemente armada que iba su gente, a base de carabinas Marlin calibre 30-30, modelo muy antiguo, pésimo sistema y dotadas con parque nacional, que requerían la repetición de tres o cuatro martillazos del percutor para que explotara cada cartucho.

A la hora escasa de iniciada la persecución, los cristeros volvieron a hacer frente a las fuerzas del gobierno, reanudándose el tiroteo con los mismos resultados del anterior, pues los rebeldes se dieron a la fuga dejando abandonados dos o tres muertos.

Siguió la gendarmería los pasos de los fugitivos hasta un lugar seguramente determinado por éstos, en donde don Urbano y sus hombres se vieron de pronto rodeados por un enemigo numeroso, perfectamente parapetado.

Empezó un furioso combate. Seguros del triunfo, los cristeros menudeaban los disparos para ultimar a los gendarmes y éstos, sabiéndose en una trampa mortal, peleaban con el valor de la desesperación para salir de ella.

Don Urbano cayó a los primeros disparos herido de muerte y tras él la mayor parte de sus hombres, etablándose entonces una batalla encarnizada en torno al jefe caído, a quien los subalternos supervivientes trataban de recoger y los contrarios se empeñaban en impedirlo, habiendo sido la sangre fría de un hombre y la clase de pistola que portaba los factores que resolvieron la terrible situación, evitando que se consumara una masacre total. Ese hombre fue Lino Araiza, que vive aún.

En la época en que ocurrieron estos acontecimientos, Lino Araiza tendría 30 años de edad y era oficial de policía. Había pertenecido al grupo selecto de hombres de confianza de don Higinio Álvarez; fue parte del pie veterano del 127º Regimiento de Caballería, formado por don Higinio en 1924 para combatir la revuelta delahuertista; y perteneció a su Estado Mayor dentro de aquel puñado de valientes salido de Colima para ir a pacificar el sureste del país, en donde conquistaron una justa celebridad por su denuedo. En ese grupo figuraron Rafael O. Maldonado, Inés Navarro, Rafael Serrano, Rafael Orizaba, Benjamín Ochoa, Juan López, Lucio Rosales, Félix Gutiérrez, Jesús Cobián, Carlos Díaz y otros más, verdaderos ejemplos de valentía.

Cuando, una vez cumplida su misión, el regimiento colimense fue disuelto, Lino Araiza se incorporó a la Policía de Colima, captándose generales simpatías por su temperamento cordial y bonachón y su buen humor inalterable, que contrastaba con su capacidad combativa.

Le fascinaban las peleas de gallos y era un maestro jugando conuán, circunstancias que contribuían a crearle simpatías entre sus compañeros y amigos, así como lo agradable de su figura personal: alto, grueso, lento para moverse y hablar y de apacible expresión en la cara mofletuda.

En la expedición encabezada por don Urbano, Lino Araiza fue como segundo jefe. Usaba entonces una pistola 38 automática, Colt, de aquellas viejas armas que en su tiempo fueron reglamentarias de la Marina mexicana, que admitían 10 cartuchos en el cargador, y cuyo cañón de 8 pulgadas de largo proporcionaba un largo alcance. Lino la portaba habitualmente con seis cargadores en la cintura.

Cuando don Urbano y gran parte de sus hombres comenzaron a caer ante la granizada de balas de los cristeros emboscados, Lino Araiza comprendió que la situación no presentaba ninguna posibilidad de salvación. Con ese valor sereno y consciente, con esa sangre fría extraordinaria que siempre le caracterizó, se dispuso a salvar al exiguo resto del grupo y su vida misma.

En medio de las fragorosas descargas de los rifles y los gritos salvajes de los rebeldes, galvanizados de entusiasmo por el éxito de su artimaña, Lino ordenó que sus hombres se replegaran poco a poco sin dejar de hacer fuego, quedándose él atrás para cubrir la retirada.

Y fue ahí, precisamente, donde la pistola de Lino, manejada por una mano segura y tranquila a pesar de lo dramático de la ocasión, se convirtió en un maravilloso elemento de salvación para las aporreadas huestes del gobierno.

Buscando la protección de alguna roca o de un árbol, dejaba Lino que sus hombres retrocedieran 30 ó 40 metros, conteniendo él solo la avalancha de los cristeros impacientes con la descarga cerrada de su pistola, cuyos diez cartuchos, detonados en ráfaga, impresionaban a los perseguidores obligándolos a resguardarse y dando así tiempo a que los fugitivos ganaran más terreno en su huida.

Uno a uno fue agotando Lino sus cargadores hasta lograr que su gente llegara a inmediaciones del camino de Cuauhtémoc, con lo cual cesó la persecución, pues, muy a su pesar, los cristeros se abstuvieron de continuarla, por temor a encontrarse con un posible refuerzo del gobierno.

Gran consternación causó en Colima la noticia del infausto fin sufrido por el caballero don Urbano, cuyo cadáver y los de sus compañeros fueron rescatados al siguiente día, dándoseles sepultura en el Panteón Civil, donde yacen bajo una lápida en la que figuran esculpidos sus nombres y la fecha de su sacrificio.

Este acontecimiento trágico marcó el principio de una etapa de tres años, en que el orden público fue alterado por una guerra cruel que ensangrentó el territorio de Colima, desarticuló su economía y dio motivo a que se cometieran por ambos bandos contentientes actos de impiedad y barbarie, indignos de hombres civilizados, que llenaron de sombra los espíritus y aterrorizaron a la población.

Afortunadamente, se estableció la armonía bajo el gobierno presidencial del licenciado Portes Gil, y la paz volvió a reinar en el campo y a normalizarse la existencia.

Muchos años han corrido desde entonces. La mayor parte de los que participaron en esa tremenda aventura, como actores directos o simplemente como espectadores atemorizados, cubrieron ya sus tributos a la tierra, pero entre los que aún vivimos subsiste el recuerdo de aquel gesto epopéyico de Lino Araiza, digno de figurar como un ejemplo de valor y entereza.

* Periodista, escritor y fundador de **Diario de Colima**.†

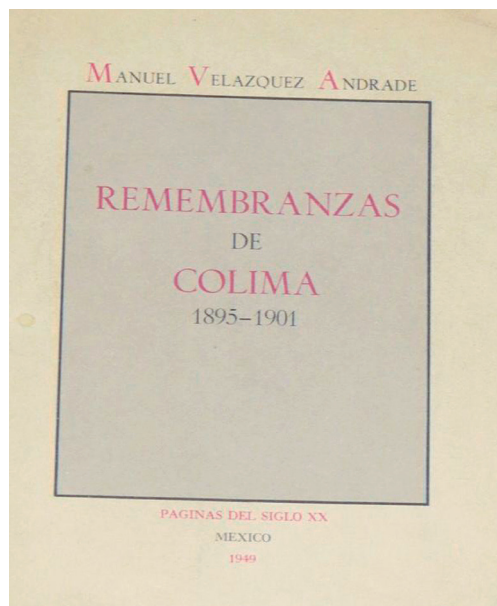
Leer bajo el volcán



Remembranzas de Colima. 1895-1901, de Manuel Velázquez Andrade

Carlos Ramírez Vuelvas

De entre los libros olvidados de nuestra bibliografía local, me gusta recurrir a *Remembranzas de Colima*, de Manuel Velázquez Andrade, editado en la década de los cuarenta del Siglo XX. Pude conseguir una copia gracias al noble trabajo de librero de Enrique Ceballos, que en la segunda planta del Portal Morelos, conservaba una pequeña librería con ejemplares antiguos y usados, donde atrajo mi atención este anecdotario del Colima de fines del Siglo XIX, donde da algunas noticias de viejos intelectuales colimenses, como Balbino Dávalos, Rafael Martínez Rubio, Ramón R. de la Vega, J. Trinidad Alamillo, entre otros. Ellos, con curiosidades históricas de nuestro terruño, como la presencia de asiáticos y los grupos bohemios que despuntaron en los albores de nuestra modernidad provinciana. Los invito a leer *Remembranzas de Colima. 1895-1901*, de Manuel Velázquez Andrade. Los invito a leer literatura colimense.



Amor ciego

León Mendoza

Ella camina con paso lento
 Bajando por aquel puente
 Entre la oscuridad y la luz
 De aquella luna que pende
 De un cielo bordado de estrellas
 Que le sirven de cómplices
 Y dejan ver tras esa bata transparente
 El amor que se pierde entre monedas
 Pero aun así le salvan la vida
 Para sonreírle a otro amanecer
 Sin importar que el mundo este
 Lleno de mentiras

Los recuerdos del porvenir, de Elena Garro

Brandon Enciso Alcaraz

Las obras de títulos enigmáticos siempre me atraen, y cuando leí *Los recuerdos del porvenir*, de la por entonces desconocida por mí, Elena Garro, me vi sorprendido devorando sus líneas. Con un brillante inicio, si no es que de los mejores que he leído, y un final cuasi bíblico, es una obra que uno lee y lleva consigo el resto de sus días.

La novela se ambienta en Ixtepec, pueblo de tierra caliente en época cristera, donde los militares se han instalado y el tiempo no transcurre, pero luego sí, y luego no de nuevo, he aquí una de las curiosidades de este texto, y la que da razón a su título, pero que no develaré, pues me interesa que vaya y lo averigüe por usted mismo, al tiempo que se deja llevar por el curioso narrador.

En cuanto al texto, tenemos una historia de opresión e injusticia. El general Francisco Rosas y su agitada vida amorosa son los que guían los vaivenes del pueblo a través de la incertidumbre; los Moncada, la familia de buenas costumbres en apariencia; y *El Forastero*, quien irrumpe el ritmo del lugar con su extrañeza, pero que su cercanía para con cierto personaje causará la desgracia.

Sin embargo, las protagonistas de esta historia son dos mujeres, Julia e Isabel, quienes con sus actos mueven la trama, una de amores fracasados, de odio, de racismo, de opresión, y muy en alto, de machismo, desde cuya crítica se entiende mejor este texto y lo que

denuncia.

Las mujeres de Ixtepec, de las cuales sé, hay autoras que hablarán mejor de lo que yo jamás podré hacer, sufren y son cosificadas en diversos momentos, presas de una doble opresión, viven sojuzgadas en la calle, donde se les trata como ciudadanas de segunda categoría, donde se les violenta, donde se les humilla, donde se les utiliza, y luego en casa, con su familia, con sus padres, esposos, novios, son humilladas, desvaloradas, juzgadas, asesinadas, da incluso miedo pensar en lo tristemente actual que se leen ciertas conductas, a más de 50 años de haber sido escritas.

Es incluso llamativa aquella parte donde Isabel Moncada habla de su inconformidad para con la vida, y cómo le hubiera gustado nacer hombre para poder hacer lo que éstos hacen, para poder vivir con esa libertad sin ser juzgada, y no ser nunca más víctima de nadie, ni depender de ser sometida para subsistir.

Al final, recomiendo esta novela siempre, su perspectiva de la opresión femenina, su narración que juega con el tiempo, el desencanto de la época posrevolucionaria, la muerte, la tragedia, y al final, todo se reduce a un puño de piedras, a una locación que preferiría ser olvidada, y, ante los hechos actuales y su parecido a lo narrado en esta obra, nos hacen dar una resignificación del título, una que quizá ni siquiera la autora pudo prever.

ALFAGUARA

Elena Garro Los recuerdos del porvenir

Narrativa hispánica PREMIO XAVIER VILLALBA




Minerva


¡Saldremos adelante!

Julio César Zamora

Desde que inició la pandemia, hemos escuchado y leído infinidad de veces la expresión “saldremos adelante”, pero ¿cuántas veces la hemos visto plasmada en la realidad? Tal vez en menos ocasiones porque la observación no es una práctica común en la mayoría de las personas, o porque la rutina termina por generalizar con el paso del tiempo lo extraordinario en ordinario.

El arte nos permite recuperar lo pasado, lo pasajero, lo inadvertido, lo inmaterial; pero desde la óptica del artista no sólo se recupera, lo trasciende. Una muestra de ello son las fotografías participantes en el concurso convocado por la plataforma Cultura Inquieta, con el título “Saldremos adelante”.

Más allá de los primeros lugares y los nombres de los ganadores, las imágenes en general forman un espectacular calidoscopio que simbolizan la esperanza por salir de esta aciaga travesía que aún no termina. Un anhelo que se logrará con la persistencia y disciplina por acatar los protocolos sanitarios con rigor.



Cinegrafías

Una historia de desastre que empaña la Navidad

José Felipe Coria

Debido a su geografía, Noruega se descubrió escenario ideal para el cine de desastres. Su impacto es tal que la comercialización de sus títulos es un éxito.

El túnel (2019), sexto filme de Pål Øie, muestra cómo un tráiler al accidentarse, debido a una circunstancia reveladora de cómo cualquier descuido provoca una tragedia mayúscula, bloquea el enorme túnel que queda como antesala al infierno.

A la hora del rescate hay dificultades. Parte esencial de la cinta es melodrama puro: el bombero Stein (Thorbjørn Harr) descubre entre los atrapados a su hija Elise (Ylva Fuglerud). Claro, una bronca previa hace más dramático el coctel.

Establecida la propuesta, Øie la maneja como tormenta perfecta; despliega cada elemento hasta lo imposible. Retuerce la trama y casi la revienta al pre-

tender que es un intenso largo de acción y suspenso que le enmienda la plana a similares como *Luz de día* (1996), con Sylvester Stallone.

Øie decora su pastel visual con lugares comunes que poco ayudan a mejorar la fórmula tipo “¡no salgas de casa porque el peligro acecha!”.

La estructura neoclásica del filme, con asfixiante unidad rígida de tiempo, acción y lugar, funciona en la primera parte. Luego pierde consistencia. Eso sí, las espectaculares locaciones, combinadas con efectos, que se notan baratitos pero eficaces, mantienen el interés.

El túnel, terrorífico entretenimiento a la Noruega, es un ejercicio de nostalgia por producciones de destrucción masiva estilo 1970, cuando la vida era más sencilla, las familias menos complejas y el mundo no estaba bajo amenaza de bioextinción. Aunque es predecible, busca que el espectador acabe con los nervios de punta.



Muerte

Azul Sevilla

Que la muerte me encuentre
en tus labios de vino tinto,
en tu piel de leche de almendras,
en tus ojos de verde olivo,
pero nunca afuera de los
confines de tu ser.



La palabra pandemia

Norma Navarrete

Yo soy de un lugar frío,
donde las heladas
las recibe un niño con abrigo.

En los bosques al amanecer,
los mirasoles se llenan de rocío.
De flores moradas: mirasoles.

Aquí la palabra pandemia
es una vieja que abre los ojos
y despierta en todas partes.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Ecología casera

Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO 1985.- En mi casa, a pesar de la limpieza y del H24, pululaban cantidad de cucarachas regionales, color rojizo, grandes antenas y aspecto repugnante. Se escondían entre las macetas, cajones de la cocina y en los resquicios de los muebles. En una ocasión, mi buen amigo Schiaffino me platicó que en Estados Unidos había un tipo de cucarachita de figura diminuta y carente de antenas, la que por su pequeñez y figura estilizada resultaba menos antipática, por lo que me di a conseguir un “pie de cría”, lo cual logré y ahora no se ve en mi lugar ninguna cucaracha grande, rojiza y repulsiva, sino solamente cucarachitas americanas que desalojaron a las nacionales, pero desgraciadamente éstas resultaron inmunes a las sustancias químicas letales y sumamente prolíficas, por lo que ahora se cuentan cincuenta por una de las que se fueron.

Otra pertinente recomendación a mis paisanos es acerca de las arañas con sus respectivas telarañas; en mis tiempos, las arañas eran muy cuidadosas y hacendosas, mostrando su trabajo telarañil en forma simétrica; hoy, desgraciadamente las telarañas que he visto son feos colgijes, que desde luego cumplen su función de atrapar los bichos caseros, pero que no le dan vistosidad y categoría al lugar. Si en una habitación hay telarañas en el techo o en los ángulos entre dos paredes, no habrá ni zancudos ni molestos mayates, pues las arañas se encargan de su exterminación; desde luego, para hacer este experimento ecológico es necesarísimo que la persona carezca de complejos, pues en la mayoría de los casos, es normal ver al ama de casa con un trapo en la cabeza y con una escoba larga o sirviéndose de una silla, tumbando y destruyendo el trabajo útil aunque no vistoso de las modernas arañas tejedoras.

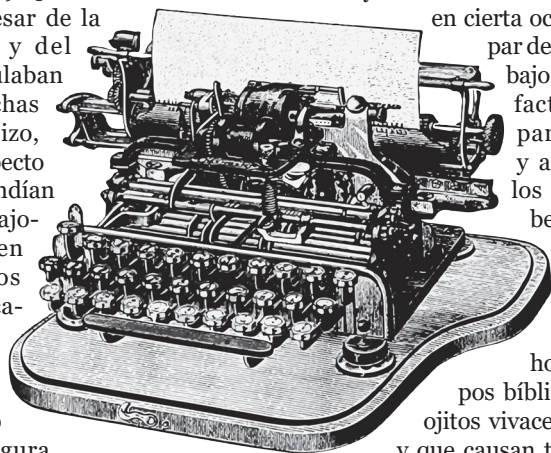
Ahora me referiré a otro animalito, el feo y peligroso alacrán que cuando pica con la cola, además del dolor, hace que nos encomendemos a la Guadalupana, y contra éste contamos con las cristalinas lagartijas que con su hermoso y susurrante canto nocturno se asemeja al sonido del beso. Me refiero a las verdecitas “besuconas”,

no muy abundantes en esta ciudad, por lo que en cierta ocasión, al descubrir un par de alacranes ponzoñosos bajo la cama, encargué ipso facto a Manzanillo una pareja de “besuconas”, y ahora por las noches los transeúntes oyen los besuqueos que rompen el silencio y la tranquilidad de la noche.

Uno de los bichos caseros más leales al hombre, desde los tiempos bíblicos, es la rata gris de ojitos vivaces y aspecto repulsivo, y que causan tal pavor al sexo débil que en una reunión de recatadas damas, al introducirse el tal animalito, por más pequeño que sea, hará que éstas al subirse a las sillas y mesas, mostrarán más sin querer más de lo que cubrió la legendaria hoja de parra; pues bien, hablando de estos pequeños mamíferos, éstos excursionaban por el patio de la señora Pachita, que provenía de las bodegas bien provistas de su vecino, las combatió con raticidas, gases letales y gatos, sin tener resultados positivos, hasta que yo le sugerí, siguiendo el sistemas de las cucarachas, que se hiciera de una pareja de ratas blancas, que éstas, además de ser limpias, ahuyentarían a las repugnantes ratas plomiza. Desgraciadamente para la señora no resultó: según parece, los machos grises y las hembras blancas se comprendieron y ahora vistosas ratas “dálmatas” corretean por todo el ancho y largo patio de la coña Pachita.

Y por último, comentaré sobre un volátil sumamente alegre que hace sus cómodos nidos en los ángulos de las paredes, en los adornos de los pilares y en todos los lugares altos, siempre que encuentran algún saliente en que apoyarse; éstos hacen sus viviendas de lodo y aunque manchen la pintura y ensucien el piso, para mí son sumamente interesantes, amistosas y bulangueras. Estoy hablando de las golondrinas caseras; aquí en Colima sólo he visto sus nidos en el Hotel Ceballos y en el restaurante de La Yoga. Ojalá hubiera muchas personas que cuando lleguen las golondrinas a sus hogares, no las corran con lumbre ni a escobazos, ni les pongan ajos para ahuyentarlas, es preferible pintar cada año las paredes y limpiar el piso diariamente, que dejar de tener como compañeras a estas alegres, bellas y amistosas golondrinas.

* *Empresario, historiador y narrador.* †



El universo

Jorge Rivas

Labios en orden son nueva galaxia.

Veo y siento la constelación de tus ojos.

Atrapas mundos y devoras tristezas.

Se abre un camino estelar: en él vamos juntos.

Una ventana a tu pecho: agujero negro.

Y mis manos turbias crean líneas entre puntos
dándole forma a la nebulosa confusa: eres tú.

Estrellas moribundas sin luz se disuelven y sus gritos crean ecos.

Tus manos blancas son el inicio, la creación,
un Big-Bang, los siete días, las siete noches, años inciertos.

Distancia entre tu vientre y senos es piel infinita
que recorro paso a paso... descubro un universo entre universos.

Te vuelves universo y tus sueños crean vida.

Te vuelves universo y me anexo a ti.

Te vuelves universo: un romance cósmico.

Te vuelves universo, te vuelves mi universo.